

UN ROMPECABEZAS DESPERDIGADO

Por Arturo DEL VILLAR

CUATRO libros de poesía, tres de relatos y tres novelas constituyen hasta ahora la obra de Antonio Pereira (nacido en Villafranca del Bierzo, en 1923). Su tercera novela, «País de los Losadas», acaba de ser editada, como las anteriores, por Plaza Janés. Sin duda, es la más ambiciosa y compleja de este autor, que comenzó su andadura literaria en el verso y ahora parece volcado a la prosa. Lo mismo que en *Un sitio para Soledad*, el núcleo de la acción se sitúa en un pueblo, pero en seguida se desparrama por otras localidades, incluso fuera de España.



La historia descrita es simple y hasta diríamos que vulgar, pero el novelista la dificulta con una técnica de contrapunto en la que ensambla dos historias en otros tantos relatos que a veces incluso se multiplican más. Resulta necesario, en consecuencia, analizar los procedimientos estilísticos para llegar desde la técnica a la comprensión del tema propuesto.

Por otro lado, existe la narración en primera persona de un joven profesor residente en Alemania, que regresa a Quiroga Mayor (un supuesto pueblo de León o Galicia) para asistir al entierro de su tío. Es un hombre muy religioso, que pertenece a una orden seglar semisecreta en la que se abomina de las relaciones sexuales; lee un librito de aforismos escritos por el padre fundador de esa orden nunca mencionada por su nombre. En el curso de su narración se dirige a veces a su señoría, por lo que adivinamos que se trata de una deposición ante una autoridad judicial; sólo en la última página sabrá el lector el motivo de esa deposición.

EXPERIMENTACION TECNICA

Dentro de este relato se articula otro para referir la vida de Jacobo Losada, el tío muerto, dividido en dos planos: las memorias de guerra escritas por él mismo y la narración hecha en tercera persona por el novelista unas veces y por el sobrino del muerto otras. De modo que hay un narrador impersonal y dos narradores de su propia experiencia. Al no haber impreso con distinto tipo o cuerpo de letra los relatos respectivos, se exige al lector una gran atención continua. No es que esto sea un defecto (más bien será todo lo contrario), pero es posible que algunos lectores aficionados al relato lineal se pierdan en el laberinto estilístico armado por Pereira.

La verdad es que Antonio Pereira ha ido complicando su narrativa paulatinamente, en busca de una experimentación muy legítima, sin llegar nunca a un rompimiento del lenguaje o de la trama argumental, como suele ser habitual en algunos novelistas uncidos al carro del llamado «boom hispanoamericano». En el escritor leonés las complicaciones son estructurales, pero la expresión se mantiene dentro de la mayor ortodoxia. Las variaciones técnicas deshacen el «tempo» narrativo, aunque no afecten a la expresión en su doble vertiente, culta y popular.

En efecto, cuando el novelista habla por sí mismo o como un personaje culto (caso del profesor en esta novela), su escritura se acoge a la preceptiva estilística sin rodeos, pero cuando dialogan personajes de escasa cultura su charla se mantiene dentro de la mayor popularidad. En consecuencia, no hay artificio a la hora de hacer hablar a los diversos personajes de la novela; sin embargo, puede haberlo en cuanto que sus conversaciones se insertan en el relato como una exposición continua. Esto es, pues, una innovación técnica, no privativa, por supuesto, de Antonio Pereira.

UN NUEVO REALISMO

Su contacto con la gente del pueblo, los diversos trabajos realizados entre gentes sin más estudios que la enseñanza de la vida, le permiten observar y reproducir con atención detalles de la vida cotidiana y del habla popular. El mucho andar por los caminos del mundo («Del monte y los caminos» se titula uno de sus libros de versos) le ha facilitado la observación de usos y costumbres que ahora lleva a las páginas de sus novelas. Por eso podríamos decir que se encuadran en el realismo neocostumbrista, muy diferente del realismo social ya superado hasta olvidado desde hace años, y apartado también, no hace falta decirlo, del costumbrismo decimonónico.

Un total alejamiento de la novelística tradicional lleva al planteamiento de la función del autor y el papel que debe desempeñar. El autor era omnisciente Y todopoderoso, dueño y señor de sus personajes, hasta que con las vanguardias llegó a la rebelión de los entes ficticios y se subieron a las barbas de sus creadores, como le sucedió a Unamuno. En «País de los Losadas» interviene de vez en cuando el novelista a la antigua, precisamente para desmitificar su acción. Así, por ejemplo, en la página 26 encontramos dos intromisiones del autor: «Había entrado en el café Pepe Barrios.» (Damos el nombre por un prurito de precisión; es un personaje que no volverá a figurar en la historia). Y más abajo: «J. L. había llegado un día a Madrid; no vamos a detallar aquellos contactos primeros con quienquiera que fuese...» En ambos casos, la intervención de Pereira tiene un matiz irónico, para contrarrestar aquellas intromisiones de los novelistas que escribieron el siglo pasado. Otro ejemplo significativo hallamos en la página 181: «Ha pasado demasiado tiempo, será un alivio

para todos ir pensando en otras historias. Pero entendemos nosotros, amable lector, que no se te debe sustraer el episodio del rapaz de Cabredo.» Tales alusiones, muy en la escritura tradicional, provocan una ruptura del sistema lineal narrativo que se añade a la distorsión expositiva general, con lo que se priva de cualquier intención realista a la novela: el autor aclara que todo es ficticio.

OFICIO ENGAÑOSO

Por lo mismo, en la página 159, comentando el hallazgo de unas cartas de amor, dice que podría escribir una historia sobre ellas: «Pero nunca he estimado demasiado el recurso de esos narradores que encuentran un manuscrito y lo transcriben. Quieren disimular el engaño esencial de su oficio... Me molesta el poder absoluto y burlón del narrador que lo ve todo, que lo sabe todo. Peor aún, que se inmiscuye en todo», frases las primeras que casi exactamente habíamos leído ya en el prólogo de su libro de relatos titulado «El ingeniero Balboa y otras historias civiles», lo que demuestra que es una idea muy honda en Antonio Pereira.

La justificación de que las aventuras del tío y del sobrino se ensamble en el cuerpo narrativo de «País de los Losadas» la da el hecho de que ambos son personajes huidos: el tío se ve obligado a huir al monte por sus ideas liberales al producirse el alzamiento militar de 1936, y el sobrino huye de una sociedad que le parece pagana y pecaminosa. Los dos habrán de tener un arma en las manos, sin llegar a saber bien su uso. Los dos son víctimas de sus ideas, por más que se trate de unas ideas muy separadas, de dos bandos que estuvieron en guerra civil, o están.

Pereira sabe resolver todas las dificultades estéticas que plantea la redacción de una novela no lineal sin salirse de la limpieza estilística. Esto es su mejor trabajo. El resultado puede que canse a los lectores de «argumentos», pero interesará a los lectores de obras literarias. «País de los Losadas» tiene algo de rompecabezas desperdigado, y el lector debe recomponerlo, porque merece la pena el esfuerzo intelectual ante los resultados positivos que encontrará al final.